

ASIA: CAMBIO DE PIEL

Dicen que se van. El primer discurso público de Clark Clifford, secretario de Defensa de los Estados Unidos —sucesor de McNamara— ha sido para anunciar que los Estados Unidos van a comenzar a disminuir sus efectivos en el Vietnam, progresivamente y a partir de un momento dado. La vaguedad de la expresión es suficiente, en estos momentos, para indicar que la retirada está prevista. Las frases con que Clifford regatea el valor de este anuncio importante y grave son inoperantes. Dice que va a hacerse así porque lo permite «el refuerzo continuo de las tropas survietnamitas». Cualquiera que tenga la menor experiencia informativa —no digo ya visual o directa— de lo que realmente son las fuerzas survietnamitas, o más bien de lo que no son, sabe perfectamente que la continuación de la guerra por los soldados de Saigón es utópica. Los quinientos mil soldados americanos, con su material moderno, están a la defensiva. Los últimos asaltos del Vietcong, a partir de la «ofensiva de año nuevo», no les han permitido rehacer la situación. A fines de esta semana se seguía combatiendo en los arrabales de Saigón; se esperaban nuevos asaltos. Un tercer avión F-111, considerado como el más moderno del mundo, había sido abatido. Se esperaba, por todas partes, una ofensiva; se sabía que esa ofensiva no se podría contener. La idea de que los soldados de Saigón pueden seguir por sí solos esta guerra no puede tomarse en serio. Las frases de Clark Clifford son del lunes de la semana pasada. El viernes 26, el Presidente Thieu anunciaba que estaba «dispuesto a aceptar un alto el fuego». Se trata de ver qué se puede salvar aún.

Moderada, ambigua, vaga o extraña, la declaración de Estados Unidos anuncia ya la retirada. Sigue a otra declaración, a la famosa declaración del Presidente Johnson anunciando al mismo tiempo su retirada de la política activa y el final de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, final que no se ha cumplido del todo, anunciado también de una manera relativa e indecisa. Los dos anuncios cumplen las dos premisas exigidas por el Vietcong, por Hanoi, por las fuerzas del FLN, para iniciar las conversaciones de paz: suspensión de los bombardeos del Norte y retirada de las tropas americanas. Lo pedían como condiciones previas efectivas. Se conformarán, probablemente, para iniciar las «conversaciones sobre las conversaciones» con estos anuncios.

Pero, sin duda ya, las conversaciones preliminares se han celebrado y se están celebrando. En estas páginas de TRIUNFO se ha expresado la sospecha de que existe una serie de acuerdos secretos entre Estados Unidos y el Vietnam para la escalada de la paz, o sea, para la desescalada. Unos acuerdos que incluirían la liberación voluntaria de Khe Sanh; quién sabe si la misma dimisión de Johnson, invalidado por su pasado para realizar una paz efectiva. Existe ya la prueba de que esos contactos existen: lo ha revelado Johnson. Lo dijo el 23 de abril en el curso de una recepción ofrecida al Cuerpo Diplomático en la Casa Blanca. ¿Dónde? Probablemente en Vientián, capital de Laos, donde los dos países —Estados Unidos y Vietnam del Norte— tienen embajadas. Aparentemente, estas conversaciones a nivel diplomático no tienen más objeto que el de seguir estudiando la cuestión externa de dónde se han de reunir públicamente los negociadores públicos. Profundamente tienen, sin duda, mayor significación, y una parte de los movimientos políticos y militares de estos días deben estar ligados a ellas.

No se sabe, pero se sospecha, que hay otra clase de negociaciones y de gran envergadura. Serían unas negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética acerca del porvenir de Asia. Se trata en ellas de evitar la absorción de Vietnam y de otros países de la península indochina por China. En todos estos años de guerra no ha habido ningún indicio de que Hanoi haya tenido influencia política de Pekín. Menos en estos mo-

mentos en que China está sufriendo una terrible convulsión interior —se dice, incluso, que estaría a punto de abandonar todo vestigio de marxismo-leninismo para anunciar que respondería exclusivamente a la «filosofía revolucionaria maoísta»—; algunos de los pacifistas de Washington han expresado más de una vez la teoría de que un comunismo vietnamita sería una frontera frente a China de mayor seguridad que un gobierno de Saigón triunfante. Washington querría consolidar esa sensación, aun a costa de una amplitud de influencia soviética. La paz en el Vietnam, vista de esta manera audaz, sería la consagración de un «reparto del mundo» entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, una de cuyas piezas políticas mayores podría ser el propuesto tratado conjunto de no proliferación nuclear presentado a la Asamblea General de la O. N. U. la semana pasada, y otra, apenas iniciada, la propuesta hecha por el senador Kennedy de hacer desaparecer la O. T. A. N. como organismo militar occidental y convertirla en una especie de «Federación Atlántica» con fines no militares, que podría entenderse con un organismo comunista similar que la U. R. S. S. y las democracias populares deberían constituir a partir del actual Pacto de Varsovia, herido ya en Rumania, en Checoslovaquia, en Hungría. La U. R. S. S. tendría una influencia mayor en Asia, procurando colmar el vacío que van a dejar detrás de sí en su retirada. Un cierto número de países —Malasia, Indonesia, Tailandia— podrían convertirse en neutralistas, en centros de oscilación entre la política asiática de la U. R. S. S. y la de los Estados Unidos, como pueden serlo hoy Turquía y Persia en Oriente Medio. Muchos de estos países, uno de ellos de gran trascendencia geográfica, la India, están comenzando ya a realizar operaciones de aproximación hacia la U. R. S. S.

Esta proyección de los acontecimientos hacia el futuro es enormemente prematura, es la imaginada probablemente por Washington, probablemente también por Moscú. Puede no ser la que coincide con los intereses de los pueblos asiáticos y, desde luego, no es la que conviene a China. Es más probable que frente a este proyecto haya un proyecto asiático; es probable que de este proyecto asiático no resultara China provista de una nueva influencia, sino influida a su vez por los comunismos, o los revolucionarismos de los guerrilleros asiáticos que han combatido con éxito. Es necesario también contar con el asiatismo del Japón, tercera nación industrial del mundo, que hace esfuerzos ahora por desgajarse de la tutela americana y que «calienta» sus relaciones con la U. R. S. S. (proyecto conjunto para la puesta en marcha de Siberia).

Esta enumeración de factores sirve más bien para indicar la imprevisibilidad del futuro, pero también para hacer notar que la evacuación del Vietnam por las tropas americanas, que debería comenzar a partir de julio según las previsiones del Estado Mayor, y la consagración de la paz, no puede considerarse como un hecho puramente local. La guerra del Vietnam ha modificado y contraído la política mundial durante años; la paz del Vietnam, si como todo parece indicar se llega a ella, debe cambiar la situación con la misma radicalidad y probablemente con menos lentitud. Si los grandes acontecimientos de la política visible se están realizando ya —las declaraciones de Clifford y la petición de alto el fuego por parte de Saigón son ya sucesos de primera magnitud—, la política continuada que ha de marcar el futuro no ha de verse, probablemente, hasta después de las elecciones americanas, hasta que los Estados Unidos no se hayan puesto la máscara de otro Presidente que pueda continuar por otro camino. De aquí a entonces veremos muchos acontecimientos contradictorios producirse, especialmente por parte de quienes, dentro y fuera de los Estados Unidos —grupos políticos y países que se venden como «duros»— creen que tienen aún posibilidades de modificar la situación.